

JUNTAS, NO (UN PROBLEMA DE ÉTICA) *

Por Mario Antonio Zinny

El hombre bajo, grueso y sanguíneo había llegado del pueblo vecino antes del mediodía. Y ahora no para un instante de moverse, observándolo y comentándolo todo (buena estufa escribano; bien, bien, epa ¿qué hace aquí este crestón embalsamado?; así que le gusta *ir a los patos*, bien, bien, mi padre *iba a las liebres*, etc., etc.). Y así sigue, mientras se presenta como uno de los tomadores del crédito hipotecario que el banco ha acordado concederles, a él y a su señora. La hipoteca será constituida por un tercero, una señorita que gravará la casa donde vive. La operación, en definitiva, cuyos certificados ya ha solicitado Bonsenbiente, no ofrece dificultad alguna.

“Escribano, le mandé todo lo que me pidió. ¿Lo recibió? ¿Falta algo?”

“Recibí todo, lo más bien. Y no falta nada. Aprovecho para confirmarle que la escritura está prevista para pasado mañana a las 12, en el banco. A propósito, ¿recibió usted el detalle de los gastos de escrituración, que el banco va a deducirles del importe del crédito?”

“Sí, escribano, lo recibí. Bien, bien, le cuento cómo vamos a hacer pasado mañana. Mi señora está muy ocupada y no puede perder un segundo en el banco, porque tiene que volver enseguida a casa. Así que va a llegar 20 minutos antes, con mi hermano que la trae, para que firme y se vuelva con él. Y yo voy a llegar a las 12, con la garante que nos hace el gran favor de hipotecar la casa para que podamos tomar el crédito. Bueno, escribano, lo saludo. Así que le gusta *ir a los patos*, bien, bien”. Y le tiende la mano, despidiéndose.

“Un segundo, por favor, Bonfanti. Para su tranquilidad, yo voy a llegar un

* El presente trabajo forma parte del libro del autor *Nuevas desventuras de Bonsenbiente*, próximo a ser editado.

rato antes, para ir ganando tiempo con la liquidación del préstamo, cuyo importe les van a acreditar en cuenta. De manera tal que cuando ustedes lleguen será sólo cuestión de leer y firmar. Nada ganamos, entonces, con hacerlo en dos etapas”.

“No me he explicado bien, escribano. A mi señora no hay que leerle nada porque sabe todo. En casa es la que se ocupa de los números, y es la que insistió en tomar este crédito, y no otros que nos ofrecieron. Así que, le repito, llega, pregunta dónde hay que firmar, firma y se va”.

“Lo siento, pero no puede ser. Tengo que leerle, sino todo, lo fundamental: que les prestan tanto dinero a los dos, a pagar en 60 cuotas mensuales de capital e interés, a una tasa del tanto por ciento anual, más seguro de vida, incendio e IVA; que pueden cancelar antes, total o parcialmente, en tales y cuales condiciones; que si no pagan, etc., etc.; y además que, como son deudores del banco, responden ambos con todos sus bienes, en tanto la señorita que hipoteca su casa responde sólo con ésta...”.

“¿Eso también, escribano? ¿Para qué?”

“Bonfanti, no puedo dejar que su mujer firme sin enterarla de lo que está firmando. De todo ¿me entiende? Y no soy yo el que lo decide, es la ley. ¿Cómo quiere, entonces, que se lo oculte?”

El hombre es ahora la imagen de la desolación. Por fin, quieto y en silencio, atina sólo a tomarse la cabeza, mientras murmura algo que termina en *novia*.

“¿Decía, Bonfanti?”

“Que es mi novia, escribano...” La confesión, emitida con la cabeza gacha y la voz entrecortada, no sorprende a nuestro héroe, que desde hace un momento la intuye. Por alguna ignorada razón, el pequeño o gran drama lo conmueve.

“Y no es que quiera aprovecharme de ella, porque a la casita se la compré yo. Pero necesito el crédito, escribano. Mi esposa y yo lo necesitamos, para seguir evolucionando en el negocio. Nos va bien, por eso nos lo dan, y nos va a ir mejor. No puede ser que me pase esto. No, juntas, no. ¿Qué voy a decir cuando nos nieguen el préstamo? Al fin de cuentas, ella está siendo generosa, al brindar la casa que podría negar. No, no puede ser. Tiene que haber una solución (aquí parece recuperar el optimismo). ¿Cómo no va a haberla? Bien, bien, usted la va a encontrar ¿no es cierto? Así que le gusta cazar, como a mi papá, que *iba a las liebres...*”

“No puedo, Bonfanti. No puedo...”

“No, no me diga que no puede. Permítame, al menos, que duerma esta noche, esperanzado en que me va a salvar. Sálveme, escribano... Por favor, se lo pido. Pero..., espere. Hay una salida, claro que la hay, y usted está pensando en ella. Escribano, escribano, no podría jugar nunca al póquer... Me voy, no me diga nada ahora, que mañana lo llamo. Bien, bien, hasta mañana”.

Bonsenbiente permanece en silencio, mirando por la ventana. Y así se queda, hasta que el ruido en el comedor le anuncia que pronto le van a servir el amuerzo. Decidiéndose, con un “me cruzo hasta el banco y vuelvo enseguida”, se abriga y sale.

El asesor lo recibe de inmediato y, cuando nuestro héroe lo pone al tanto de la pretensión del cliente, no puede menos que sonreír. Pero enseguida se pone serio y pregunta: “¿Para qué me lo cuenta, Bonsenbiente? Porque usted no es de andar con chismes, y menos si involucran a sus clientes...”

“Se lo cuento porque no sé qué hacer, aunque por suerte la decisión final no es mía sino suya. Me explico. Si algo he aprendido en estos cursos de posgrado, a los que asisto en la ciudad, es a diferenciar el mutuo de la hipoteca. De hecho, en tanto son dos contratos, ambos pueden ser separadamente instrumentados. Es más, el mutuo puede instrumentarse privadamente, y escriturarse sólo la hipoteca (sin perjuicio de que en ella se aluda al préstamo, que puede incluso agregarse al protocolo). Procediendo así, que no es lo usual, no lo niego, la esposa podría firmar antes, sin que haya necesidad de ocultarle parte alguna de lo que está firmando. Y advierta que los dos contratos se celebrarían simultáneamente, porque el mutuo sólo quedará perfeccionado cuando lo suscriban el marido y el apoderado del banco, que lo harán cuando la garante otorgue la escritura de hipoteca. El dinero, además, sólo se acreditará en la cuenta de los deudores cuando todo esté firmado. Y la sangre no llegará al río...”

Absorto permanece el abogado, mientras lo contempla fijamente, con la boca entreabierta: “¿He oído bien? ¿Me está acaso sugiriendo que contemple la posibilidad de recurrir a un procedimiento inusual, para que la esposa no se entere de que la amante del marido le está haciendo un favor, a ella, a quien le está arruinando la vida? ¿Y qué cree usted que es esto sino ocultarle, no ya lo que está firmando, lo concedo, pero sí la operación misma, que usted artificialmente escinde para que el engaño tenga éxito?”

La violencia de la arremetida, como ya ocurriera una vez, sorprende y molesta a nuestro héroe, decidiéndolo a tomar partido por Bonfanti. Y no le cuesta mucho hacerlo, porque algo le dice que la cuestión no es tan sencilla como el abogado la plantea. Hay más, bastante más que considerar. Pero no ahora, porque la vena de su sien izquierda ha comenzado a latir, no quiere perderse el almuerzo y no se siente preparado, todavía, para enfrentar al asesor. Claro que tampoco puede dilatar demasiado las cosas...

El objeto de la discordia (*Las desventuras de Bonsenbiente*, Rosario, 1993, págs. 12 y 13), como las ratas del flautista de Hamelin, ha quedado inmóvil desde que Bonsenbiente pronunció la primera palabra, con la mano que porta una carpeta a mitad de camino entre su escritorio y el armario.

“Lo veo muy seguro, doctor. Demasiado. ¿Se animaría a discutir el tema a fondo, como lo hicimos en el caso de “Vucetich (h)?”

“Con todo gusto”.

“En el barcito nos vamos a congelar. Lo espero esta noche en casa, a las 22”.

“Allí estaré.”

Y así fue cómo, en aquella helada noche invernal, el asesor llamó a la puerta de nuestro héroe, a las 22 en punto. Poco después, cognac en mano, abre el fuego.

“El adulterio es un delito ¿verdad?”

“Lo es (en aquellos días lo seguía siendo). Pero éste se consumó hace tiempo. Y el mutuo y la hipoteca no le son conexos, vale decir, no están con él en una relación de medio a fin. Lo estuvo, en todo caso, la compra de la casita, que ahora pretende hipotecarse”.

“Round de estudio concedido. Vamos al segundo. ¿No me negará que aquí, al menos, están vulneradas las buenas costumbres, ésas que el art. 953 del Código Civil tutela cuando prescribe que son nulos los actos que las contrarían?”

“No lo niego. Buenas costumbres... Interesante tema. ¿Qué entiende usted por ellas?”

“Le doy para elegir. Dentro de la moral cristiana, las de una ética protestante, rigurosa y ascética...”

“¿La que Weber nos enseña que subyace en el espíritu del capitalismo y él llama moral de la avaricia, cuando cita los principios propuestos por Benjamín Franklin (*Piensa que el tiempo es dinero. Piensa que el dinero es fértil y reproductivo, etc.*)?”

“Veo que se ha preparado... Bien. ¿Prefiere las buenas costumbres de la moral católica, como Llambías? ¿Tal vez las exigencias éticas de la conciencia social, conciencia que en nuestros días niega Sebrelí, el autor que usted admira? ¿O se inclina por la moral del hombre o la mujer honestos de tipo medio, como Cariota Ferrara?”

“Me enrolo con Cariota. Y para promediar, siguiendo a mi profesor, que trató el tema en una de sus clases, voy a incluir la moral de la maestra o modista entrada en años, con los muebles del *living* tapados con fundas blancas y el piano con una carpeta bordada arriba, y enseguida la balanceo con la de la chica que quiere ser modelo a toda costa, incentivada por los medios de comunicación y las agencias de publicidad. Agrego para levantar el promedio la moral del viejo deportista *amateur*, que todavía existe y ante la desgracia de una incorrección se esconde, rojo de vergüenza, pese a haberla cometido sin querer, y lo disminuyo con la del aficionado que hoy, cuando hace trampas en el juego recurre al juez, que dicta la prohibición de innovar para que lo dejen seguir jugando con sus amigos, que continúan acompañándolo pese a que es un tramposo. Incluyo al joven periodista que se juega por la libertad de prensa, y también al que tergiversa, omite o manipula la información, respondiendo a intereses que no son, precisamente, los de esa libertad. Y para completar, y sigo aquí, doctor, a nuestra admirada, mutuamente admirada, no lo niegue, licenciada, agrego a la agencia de publicidad que quiere hacernos creer que señoras de largo y quienes las acompañan vestidos de *smoking* toman vino en cajas de cartón, para que los de menos recursos consuman el veneno así publicitado, y también a quienes aumentan el volumen de la música hasta tornarla insoportable para los viejos, logrando así separarlos de los jóvenes y tenerlos a éstos todos juntos, con el fin de que consuman todo lo que pueden y aún más, con la ayuda de los mensajes subliminales que el volumen alto de la música, por otra parte, les permite incluir subrepticamente en los tonos bajos... Y con todo ello promediado, recordemos todavía que lo estamos refiriendo a una sociedad que cuenta con las mejores posibilidades de ser la más inmoral de la

historia, por haber atravesado décadas de inflación, y aquí me pongo de pie para citar a don Juan Vallet de Goytisolo (se pone de pie, bebe su cognac y vuelve a sentarse), quien en *Estudios varios* (Editorial Montercorvo, Madrid 1980, III, *La antítesis inflación-justicia*, págs. 31 y sigs.) trata las consecuencias de este flagelo para la moral de los ciudadanos. Flagelo que ya Goethe, en Fausto, descalifica y al que nuestros gobernantes recurrieron alegremente, para aparecer como buenos y sensibles mientras creaban las condiciones que permitieron a los audaces, los aventureros, los de reflejos rápidos y moral incipiente (antes se llamaban pícaros) hacer su agosto a expensas del resto. Y no sigo, porque si lo hago vamos a tener que condecorar a Bonfanti”.

“Bonsenbiente, le ruego que omita este tipo de discurso. Nuestras reglas no admiten voluntarismos. Se las recuerdo: nada de intentar convencer, persuadir o deleitar al auditorio. Y es que en este caso el auditorio está compuesto de una sola persona: yo. Y yo, le recuerdo, estoy desde hace tiempo vacunado contra este tipo de verso, que le ruego deje en manos de quienes viven de él, como algunos comunicadores, cantautores y políticos. Y no se ofenda conmigo, por favor, si le digo que detrás de sus palabras resplandece una verdad grande como una casa: cualquiera que sea la manera en que entendamos las buenas costumbres, y es más, a la luz de valores tan viejos como el hombre, los del derecho natural, lo que pretende hacer Bonfanti, con su complicidad, discúlpeme de nuevo, no está bien. Está mal.”

“Me gustaría que definiéramos, con la mayor precisión posible, lo que está mal”.

“Bien. Está mal que incurra en adulterio. ¿Concedido?”

“Concedido”.

“Está mal que le haya comprado la casita a la amante, para facilitar la comisión del delito, distraendo dinero que bien podría haberle evitado tener que recurrir al crédito del Banco. ¿Concedido?”

“Concedido”.

“Y está mal que para poder recurrir al crédito engañe una vez más a su mujer, ocultándole quién es la garante”.

“A esto no lo concedo. Y aquí radica nuestra diferencia. Para ponerla de manifiesto le pregunto: ¿Usted cree, en serio, que la está *engañando*? Yo creo que a esta altura no la *engaña* más. Dudo, incluso, de que lo haya hecho al principio, cuando comenzó a tener relaciones con la amante, porque sabido es que *cuando nosotros vamos, ellas vienen*. Pero dejemos eso. Porque lo que importa es ahora, y no antes. ¿En qué etapa cree usted que se encuentra este adulterio? ¿En la del deslumbramiento? ¿En la de la posterior y casi suicida tendencia a compartir la felicidad con los amigos, enterándolos de lo que ocurre? ¿En la del rapto de heroísmo (¡me voy mañana!)? ¿O en la de la cronicidad? Yo le respondo, doctor. Esta situación, la de este hombre maduro con la casita comprada y la amante aceptando gravarla en garantía, es una situación crónica. Y además estable. Enfermiza, delictuosa, trágicamente estable, si usted quiere, pero estable al fin. Es más, es la que los tres, *los tres*, ¿entiende? están decididos a mantener. Y tanto lo están, que viven haciendo concesiones con tal

de lograrlo. ¿Por qué cree usted que la mujer no lo pone contra la pared? Porque si lo pone, la deja. Y lo mismo vale para la otra, que sabe que a más no puede aspirar. Y para él, que se resigna a vivir a los saltos, con tal de seguir con las dos. Y entonces ¿cree usted que yo, el escribano Bonsenbiente, tengo derecho a interferir en esta situación, no poniendo a disposición de este hombre, y debiera decir de los tres, esta modestísima herramienta del mutuo separado de la hipoteca, que evitará, como decía, que la sangre llegue al río? ¿Cree que debo negarle al matrimonio la posibilidad de acceder al crédito, aspirando, en mi fuero íntimo a que la situación *explote*, para que se haga justicia? No, doctor, no. No me gusta este papel. No me gustan los pretendidos moralistas, que sólo lo son porque *la ven pasar*... Una vez conocí a uno. Cómo criticaba y hablaba, incluso de las mujeres..., con qué inflexibilidad señalaba rumbos... Hasta que un día le pestañearon dos veces y lo dieron vuelta.”

En silencio permanece el asesor, que se sirve más cognac.

“Así es, doctor. Mi drama radica en que sé cómo ayudarlos, porque si lo ignorara, por no distinguir el mutuo de la hipoteca, digo *no se puede*, y a otra cosa”.

Y como el asesor sigue en silencio, nuestro héroe pregunta: “¿Le preocupan sólo las buenas costumbres, o hay algo más?”

“Tendría que pensarlo..., pero creo estar en condiciones de decirle que lo que desde el primer momento me preocupa son ellas. Le confieso, además, que mi respuesta a si la operación es viable en la forma que usted la sugiere, hasta hace un rato era no. Y ahora es no sé. Pero la noche y el cognac son malos consejeros. Usted ha defendido bien el caso, y además se involucra. Y eso lo hace creíble. A lo mejor, más creíble que las razones que esgrime. Sea como fuere, sé que si le doy luz verde, usted avanza. Y sé, también, que a mí me toca decidir...”

“¿Cuándo me contesta?”

“Mañana”.

Y pasó la noche. Y amaneció el nuevo día, que fue espléndido. Bien temprano, Bonsenbiente toma una taza de café, cruza la plaza y entra al banco. El objeto de la discordia lo saluda y al esquivar ella su mirada él conoce la respuesta. Y no se equivoca.

“Lo siento, escribano, créame que lo siento. Pero no se puede”.

Y al volver, a mitad de camino lo ve, paseándose ante la puerta de la escribanía. Va y viene, frotándose las manos y soplándolas de tanto en tanto, para calentarlas. En un momento dado zapatea, para que no se le hielen los pies. Cualquiera cosa, piensa Bonsenbiente, con tal de no tener que esperar sentado, en la salita de la oficina.